

---

## EJERCICIO LITERARIO.

---

### IMPRESIONES DE UN PASEO.

---

SEÑORITA DIRECTORA:

SEÑORES:

COMPAÑERAS:

La luna iluminaba con sus pálidos y blanquecinos rayos, la hermosa Tenochtitlán; las estrellas brillaban taciturnas y calladas, allá en el cielo, como presidiendo impasibles, los tumultos que existen en este planeta que se llama Tierra. Todo era calma y armonía en la Naturaleza, todo ansiedad y alegría en mi alma. Aquel conjunto de paz y bondad en la Creación, formaba en mí un gran contraste que me encantaba.

Era la víspera de mi partida, é iba á separarme temporalmente de mis padres, pues éstos habían aceptado gustosos una invitación hecha por una amiga íntima de mi madre que residía en Cuautla, y se había convenido en que yo fuera á pasar con ella algunos días de Primavera.

Al oír elogiar las bellezas de aquellos lugares, se despertó en mi alma un vivo deseo de conocerlos y esperaba impaciente la proximidad de mi viaje. Así fué que la última noche anterior al día que debía salir, fué muy larga para mí, pues la pasé llena de insomnios, ilusiones é impacencias. Sonó por fin la hora de mi partida, y después de haberme alistado convenientemente me dirigí á la estación.

Mi mirada se posaba en multitud de grupos de personas que había en aquel lugar, donde se esperaba la locomotora, conversando alegres unos, tristes y dolientes otros. ¡Cuán distintos son los destinos humanos! Mientras que unas personas ávidas de dicha y de impresiones gratas iban á ocupar un lugar en aquel andén para ver satisfechos sus deseos, otras, tristes y pesarosas esperaban con ansia aquel tren, que iba á transportarlos quizá á la cabecera del padre agonizante, donde verían por última vez aquel rostro tan amado, donde recogerían su último suspiro, y después conducirían esos carros despojos á un lugar solitario del panteón....!

Absorta en estas meditaciones, veía á la multitud que iba y venía como inmenso oleaje. Un estridente y prolongado sonido me sacó de estas reflexiones y al mismo tiempo me hizo comprender que el tren se ponía en marcha. Dí un tierno adiós á mis padres y á mi México.

A pesar del gusto con que emprendía aquel paseo tuve un momento en que casi me arrepentía de alejarme de este lugar donde ví la primera luz, y lo que más me apenaba era dejar á mis amados padres. Algunas lágrimas brotaron de mis ojos. ¡Lágrimas! hermosos y dignos torrentes que brotan de los sentimientos más tiernos del corazón y que se comprenden en uno solo, el "amor;" sí, él era el que me hacía pensar en el nativo Valle y en los seres que me habían dado la vida. Pero ¿por qué entristecerme, si el objeto de mi viaje era gozar de un nuevo horizonte y con tanto entusiasmo esperaba este momento? Sequé mis húmedos ojos, procuré alejar de mi mente las ideas que me entristecían y poco después había recobrado la calma. Ya tranquila y serena ví lo que á mi alrededor pasaba.

Delante de mí se encontraba un anciano sacerdote, que ocupado en la lectura de un libro místico, parecía despreciar todo lo que á su derredor ocurría. Al frente iban dos norteamericanos que encerrados en un mutismo completo no se transmitían sus impresiones, sino que tranquilamente fumaban; detrás iba una linda morena acompañada de su esposo y un gracioso chiquitín; por último, á mi derecha iba una señora enlutada cuyo aspecto despertaba cierto interés, pues era hermosa; pero sin gran trabajo se adivinaba que había envejecido prematuramente y en su mirada vaga parecía que alguna idea triste

embargaba su cansado espíritu. A su lado iban dos preciosas niñas, la una rubia que con sus azules é ingenuos ojos, nos hacía recordar á uno de los ángeles que tanta honra han dado á Doré, la otra de blanco mate y negros rizos. Hacían un bello contraste.

Después de observar á mis compañeras de viaje, dirigí mi mirada hacia fuera y pude apreciar un hermoso espectáculo que apenas se comenzaba á desarrollar y cuyo fin veía en Cuautla.

Bien pronto una de las niñas de mi inmediata compañera se dirigió á mí haciéndome no sé que pregunta, propia de su tierna edad; con este motivo y sin esfuerzos se entabló entre la señora y yo la conversación acostumbrada entre los pasajeros, provocada por la variedad y belleza de los lugares que divisábamos al pasar rápidamente; las dos hacíamos apreciaciones acerca de los pintorescos paisajes que á nuestro paso aparecían, cautivando tan agradablemente nuestra atención.

El silbido de la locomotora nos anunció que habíamos llegado á Amecameca. Desde la cumbre del cerro se goza con la primorosa vista del Popocatepetl y el Ixtacihuatl, de esas gigantescas montañas, que como mudos espectadores, parecen los eternos vigilantes del Anáhuac. Poco después pasamos la población de Ozumba y más adelante el río de Nepantla, á un lado del cual existen algunas ruinas, despojos quizá del lugar donde nació Sor Juana Inés de la Cruz, llamada con tanta razón "La Décima Musa," y que en una época de menos cultura, brilló como brillan las estrellas en un oscuro y opaco cielo, dando luminosos destellos, que extasían á sus contemporáneos, especialmente á los que supieron admirarla. ¡Oh! si hubiese nacido dos siglos y medio más tarde, cuánto se gloriaría el presente con tener un portento más!

Poco á poco, un sentimiento de recíproca simpatía fué desarrollándose entre mi compañera y yo. No tardé en descubrir en ella una cultura é inteligencia nada vulgares, y al término de nuestro viaje, ya podría decirse que prometíamos ser buenas amigas, pues ella iba también al mismo lugar que yo. Al llegar á Cuautla me esperaba en la estación la señora á quien iba encomendada.

Margarita, que así se llamaba mi nueva amiga, se instaló con sus dos niñas en casa de unos parientes suyos.

Nos separamos no sin haber convenido visitarnos con frecuencia y pasearnos juntas. Así fué que desde el día siguiente comenzamos nuestras excursiones.

Uno de los lugares más hermosos que visitamos fué el del Puente sobre el río de Cuautla, desde donde admiramos la puesta del sol.

En la atmósfera pura de aquel cielo tan diáfano, se ven flotar las nubes; cual ópalos transparentes, los horizontes se esmaltan y el sol se oculta tras los montes; sus últimos rayos, su luz moribunda y tenue, no dora ya esa diáfana transparencia de la bóveda azul; y la tibia noche nos brinda con nuevos encantos. Sólo la infatigable corriente del río, el murmullo y las pequeñas cascadas, que forma al desgarrar sus aguas entre guijarros y peñas, parece alterar la impasible calma. Poco después surge la clara faz de la luna, reclinada en su carro de argentinas nubes, el embriagador aroma del azahar embelesa los sentidos y nuevas emociones conmueven al espíritu.

Al evocar el recuerdo de estos poéticos y hermosísimos paisajes, donde la imaginación se detiene subyugada por la grandeza é indefinible armonía, por la expresión más elocuente de esa fuerza creadora y poderosa, al aparecer en mi mente el templo bendito de la Naturaleza, me parece ver á esos pequeños seres, que con sus inocentes juegos corrían tras las mariposas, y anhelantes buscaban el medio de aprisionarlas.

Margarita y yo conversábamos; unas veces ella recordaba su pasado y yo me complacía en referirle las diversas impresiones que experimentara en mi vida; otras, sumergidas las dos en silenciosas reflexiones, dos sentimientos bastante afines nos dominaban: á mí, el recuerdo de mis padres que en esos momentos tal vez pensaban en mí; á ella, el profundo amor á sus hijas.

Amor de madre, amor de hija ¿qué sentimientos más puros podéis imaginaros?

Después de varios paseos é intimidades, cuando la confianza había llegado á reinar casi en lo absoluto entre nosotras, escuché de mi amiga la historia que en breves palabras voy á referiros.

¿Si supierais cuán grande es el amor de una madre?—me dijo. Es la fuerza suprema que equilibra, que armoniza todas las potencias del alma, perfeccionándola y elevándola á regiones celestes; es

la fuente de toda fe, de toda esperanza noble y buena. El amor que profeso á mis hijas es para mi espíritu la luz que guiará mis pasos en lo que me resta de vida. A este sentimiento debo el haber llegado á conocer algunas verdades cuya importancia estoy dispuesta á deciros con la esperanza de grabar mi memoria en vuestro corazón.

“Fuí hija única de mis cariñosos padres quienes, en su tierna solicitud, me rodearon siempre de toda clase de halagos, satisfaciendo mis deseos á la medida de mis aspiraciones; sin embargo de todo esto, no descuidaron mi educación intelectual; así fué que desde mis primeros años fuí encomendada á varios profesores de diversos ramos, quienes decían descubrir en mí buena disposición y gusto por el estudio. Al terminar mi primera instrucción, quise perfeccionar las nociones que había adquirido y manifesté deseos de entrar á la escuela, donde podría obtener un título profesional.

Mis padres no se opusieron á ello y fué para mí una verdadera ilusión llegar al término de mis afanes.

Insensiblemente, y á la vez que me ilustraba, fué también desperdándose en mi espíritu cierto sentimiento de fatuidad, de vanidosa presunción que muchas veces lastimaba á mis compañeras, pues fuí adquiriendo un carácter dominante, altivo y sin duda poco simpático. A pesar de todo, yo me sentía satisfecha; en los exámenes obtuve siempre calificaciones supremas y al término de mi carrera el éxito fué completo.

La vida de la escuela había concluído para mí, y como premio á mis afanes de estudiante, me ví rodeada de halagos, frecuentando paseos, teatros, bailes y todo cuanto pudiera dejar satisfecha á mi soñadora imaginación.

El carácter presuntuoso que se me había comenzado á desarrollar en la escuela, tuvo que aparecer más notable en mi nueva vida.

En las reuniones que yo frecuentaba conocí á un joven militar, cuya gallardía y distinguidas maneras me impresionaron agradablemente; bien pronto la recíproca simpatía se transformó en un sentimiento más vivo, cuyo resultado fué unir nuestro destino.

Yo hasta entonces había ilustrado mi inteligencia; pero no había educado mi corazón, había adivinado el amor; pero no sabía comprenderlo; deseaba ser buena; pero no había aprendido á serlo y...

á este incompleto desarrollo de mis facultades, debo algunas amarguras de mi vida.

Si en la mujer se cultivase simultáneamente el sentimiento y la inteligencia, cuántas lágrimas, cuántos escollos se le evitarían y cuánto mejor sabría satisfacer su noble misión, cualquiera que fuese.

El primer año de mi nueva vida casi fué feliz, pues mi esposo me colmaba de toda clase de atenciones, y á no ser porque mis padres se fueron á España, me hubiera considerado enteramente dichosa.

Mi esposo, rodeado de algunas comodidades y de carácter entusiasta, no parecía muchas veces dispuesto á cumplir mi voluntad. Yo, que por mil circunstancias me había acostumbrado á ser absoluta en mis propósitos y á crearme superior á cuantos me rodeaban, no tardé en ser exigente y sin duda demasiado altiva con él. Y.... me causa pena esta confesión; no supe sostener el afecto y estimación de mi esposo, y los disturbios comenzaron á nublar aquel cielo de ventura.

El nacimiento de mi primera hija vino á aliviar un tanto mi pérdida calma, pues mi esposo parecía estar contento; pero mi siempre lamentable irreflexión, mi falta de sensatez, en suma, volvió á suscitar nuevas desavenencias, y so pretexto de una orden superior, él se alejó de mí.

Entonces comenzó la época de expiación á mi ciega vanidad.

Un nuevo dolor hirió mi alma, la noticia de la muerte de mi padre.

Mi segunda hija vino en situación más difícil.

El aislamiento, el abandono en que me encontré, la absoluta indiferencia, me hacían reflexionar y buscar afanosa la causa de mi desdicha.

Muchas de las jóvenes de mi edad habían contraído matrimonio y otras ejercían el profesorado. Entre las primeras había una que era humilde y yo no había sabido estimarla; por buscar alguna distracción á mis penas, fuí á visitarla y un cuadro conmovedor se presentó á mi vista. A la cabecera de un padre agonizante, permanecía arrodillada mi amiga; el enfermo pareció recobrar un momento su energía y dirigiendo una mirada de ternura á su afligida esposa le dijo:—Perdóname si no he sabido corresponder á tus virtudes, si

no he podido hacerte tan feliz como mereces; tú has sabido despertar en mí la idea del bien y has correspondido á mis desvíos con tu abnegación y ternura.

Pocos días después, la crisis había pasado y el enfermo sanó.

Por lo que yo presencié y por el mismo esposo de aquella excelente señora, supe que había sabido atraerse el cariño de él con su prudencia y su buen acierto en todo.

Cinco años hacía que mi esposo se había alejado de mí cuando el cuadro que acabo de referiros se presentó á mi vista y un velo pareció descorrerse ante mi ofuscado entendimiento; profundas reflexiones surgieron de mi mente al comparar mi errado proceder con el modelo de virtud que el cielo sin duda me presentaba; un gran pesar se apoderó de mi alma, una transformación pareció verificarse en todo mi sér; sin detenerme tomé una pluma, escribí á mi esposo, no sé qué le expresaría, el hecho fué que pocos días después recibí una carta anunciándome su próxima llegada.

Dos años solamente duró mi nueva dicha, mi esposo, durante su ausencia, contrajo una enfermedad que lo llevó al sepulcro y héme aquí huérfana con un nuevo pesar; mi madre, el último sér que me quedaba, murió ya y he venido á este lugar á cumplir su última voluntad: legó á mis hijas una pequeña fortuna de la que disfrutó ella en los últimos años de su vida.

De hoy en adelante mi único afán es educarlas y como no desconozco las grandísimas ventajas de la Ciencia, voy á llevarlas á la Capital, donde entren á un colegio y puedan adquirir una instrucción sólida. Al mismo tiempo procuraré inculcar en ellas la ciencia de los múltiples deberes que en todos los casos de la vida deben cumplir, porque tengo la absoluta convicción de que para que la mujer ocupe el importantísimo lugar que le corresponde debe tener una educación completa.

La adquisición de la ciencia y el desarrollo intelectual constituyen la sabiduría; pero ¿podría llamarse sabia la persona que ignora cómo debe conducirse en la vida cuando no ha aprendida á ser prudente y virtuosa? ¿Cuán bella es la adquisición de la ciencia, cuán sublime el conocimiento y práctica del deber, de esa santa figura que cirniéndose en la esfera de la perfección, ha inspirado siempre la abnegación en las almas elevadas!

La ciencia del deber es la luz que ilumina nuestra conciencia, suaviza y ennoblece los sentimientos é ilustra nuestra alma en los embates de la vida!

Honda impresión me causó la historia de esa mujer.

Llegóse el día de mi regreso; el cielo aparecía limpio y sereno, bandadas de pajarillos hendían los aires y enviaban en ondas sus suaves gorjeos, el sol comenzaba á dorar las verdes copas de los árboles destacándose á lo lejos como inmenso globo de fuego.

Nos dirigíamos á la estación mi compañera con sus dos niñas y yo. Tomamos el tren y partimos.

La tristeza que me causaba dejar aquellos lugares tan hermosos y lo preocupada que me tenía la historia de mi compañera, hizo que se fueran enervando mis facultades é insensiblemente me quedé dormida.

Una visión celeste, una mujer hermosísima apareció ante mi vista y con voz opaca, dulce y suave como el céfiro me dijo: "Sigue mis huellas, entra á mi reino y serás dichosa." ¿Quién eres tú ¡oh! visión divina? le pregunté. "Soy la virtud—me dijo—mi poder es tan grande, que ofreciendo días más brillantes que los que ya deslumbran y esperanzas más lisonjeras que las ya poseídas, ennoblezco y fortifico las almas; graba mis leyes en tu conciencia, escucha mi voz y serás feliz." Una conmoción profunda, indescriptible embargó todo mi sér, mi corazón latió con violencia y desperté. Pocos momentos después estaba en los brazos de mi madre.

¡Ciencia, Virtud! Hé aquí las inagotables fuerzas de grandeza, de perfección, donde satisfacemos nuestra sed de saber y de gloria, donde la inteligencia y el corazón llenan sus aspiraciones, donde el alma toda se extasía al vislumbrar variados y hermosísimos horizontes de bellezas é infinitas perfecciones.

Esforcémonos, pues, compañeras queridas, hermanas de mi juventud, en amar, servir y poseer esas riquezas tan valiosas, para que á la auréola de la Ciencia, podamos unir el sublime atributo de la Virtud y bajo su bienhechora sombra sepamos contribuir á la felicidad de los séres más dignos de nuestro amor.

México, 12 de Julio de 1902.

DOLORES ESPINOSA.

---

## FRANCIA.

---

SEÑORITA DIRECTORA:

SEÑORES:

COMPAÑERAS:

En los confines occidentales del antiguo mundo se levanta una gigantesca y hermosa nación, cuyas costas están bañadas por las ondas del Mediterráneo y el Atlántico.

El carácter de un pueblo puede alterarse por los cambios de costumbres y los progresos de la civilización; pero no puede cambiar por completo y, en efecto, ¿quién no reconoce á los franceses de hoy, en la pintura que César, Estrabon y otros autores nos han dejado de los antiguos Celtas? A pesar de haberse confundido con los francos vencedores, los rasgos que los distingufan no se han borrado todavía.

Los galos eran alegres, frívolos, de agudo ingenio y satíricos, prontos en sus resoluciones, intrépidos en los combates, amantes de su patria y celosos de su libertad. César añade que se complacían en hablar de sus glorias; pero su inconstancia hacía que fuesen tan presuntuosos en los momentos de sus triunfos como propensos á desalentarse al sufrir la más mínima derrota.

Otros autores antiguos nos los presentan afectos á la ostentación y á la compostura de su persona, solícitos para con los extranjeros y en extremo hospitalarios.

La galantería que los distinguía de todos los pueblos que los anti-